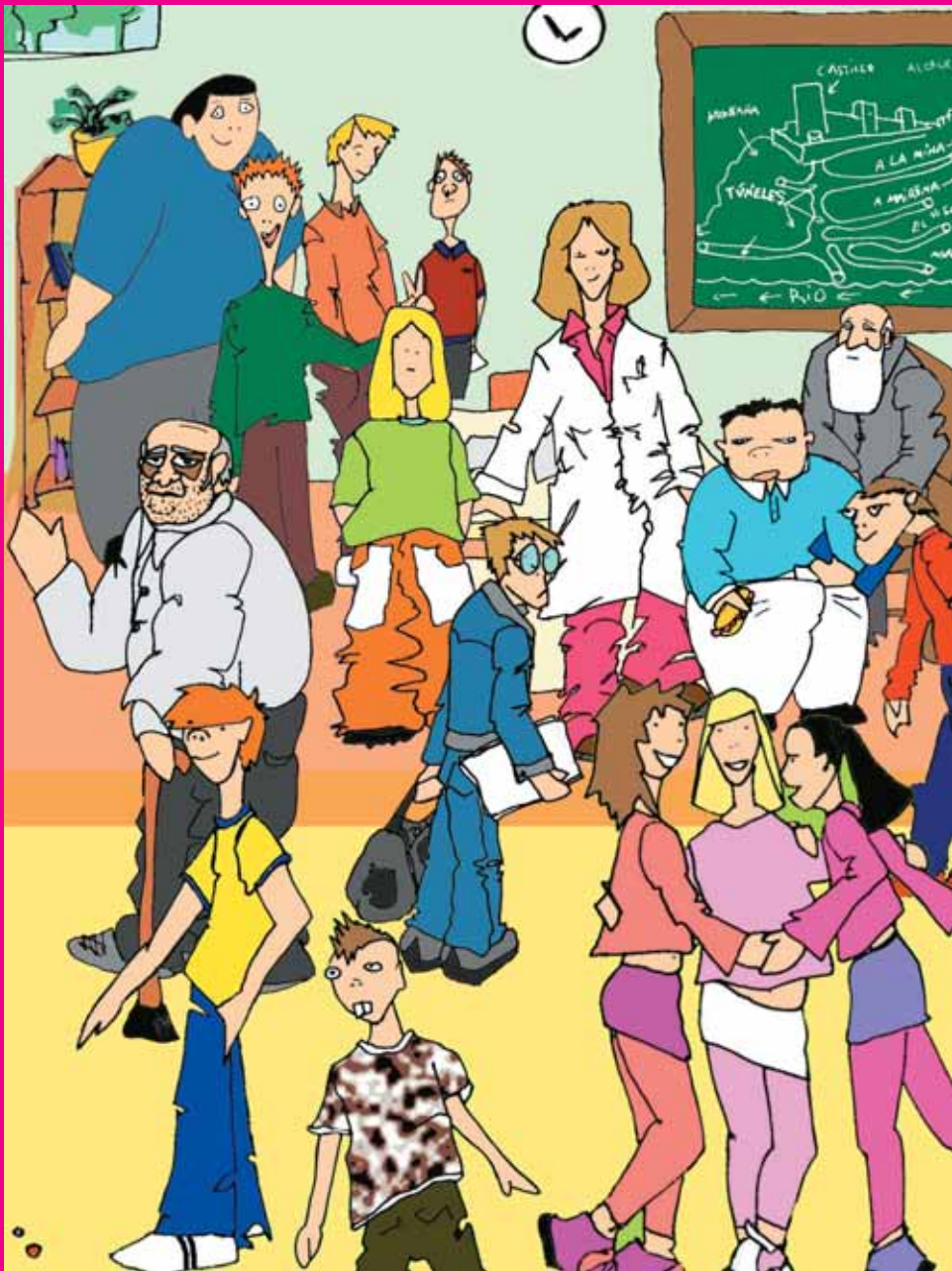


MATEO Y LA BANDA DEL ALPECHÍN



TEXTO: ISIDRO MAYA JARIEGO
ILUSTRACIONES: XOPI

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS
Alcalá de Guadaíra 2004
Editorial Guadalmena

**COLECCIÓN DE CUENTOS NAVIDEÑOS
DE LA
ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS
DE
ALCALÁ DE GUADAÍRA**

I (1997)

La princesa del lunar

Texto: Antonio Rodríguez Almodóvar

Ilustraciones: Isidoro Villalba Corzo

II (1998)

Germán, el pequeño mago

Texto: Ignacio de Loyola Ríos Cañavate

Ilustraciones: José Martínez Recacha

III (1999)

Las historias del abuelo

Texto: Francisco García Rivero

Ilustraciones: Francisco Barranco García

IV (2000)

Juan el cascarrabias

Texto: José Antonio Francés González

Ilustraciones: Francisco Javier García Jiménez

V (2001)

El país de los juguetes

Texto: Alberto Mallado Expósito

Ilustraciones: M^a Luisa Araújo Florindo

VI (2002)

El Dragón y los Reyes Magos

Texto: José Manuel Campos Díaz

Ilustraciones: Javier Hermida Ruiz

VII (2003)

Rachid y la Princesa encantada

Texto: Javier Caraballo

Ilustraciones: Juan Lamas Rodríguez

VIII (2004)

Mateo y la Banda del Alpechín

Texto: Isidro Maya Jariego

Ilustraciones: Xopi



La Cabalgata de Reyes Magos de Alcalá de Guadaíra, institución decana de la Navidad, quiere homenajear y obsequiar, por medio de este cuento, a todos los niños y niñas alcalareños. Estamos convencidos de que, a través de su amena y alegre lectura y la belleza de sus ilustraciones, estos hombres y mujeres del futuro serán asiduos lectores y personas más receptivas a las cosas de su ciudad. No podemos olvidar nunca que la cultura y la educación hacen a las personas más libres.



*Esta edición se distribuye gratuitamente entre los niños y niñas alcala​re​ños
por gentileza de la Asociación de Amigos de los Reyes Magos
de Alcalá de Guadaíra*

© Edición: Asociación de Amigos de los Reyes Magos de Alcalá de Guadaíra

© Texto: Isidro Maya Jariego

© Ilustraciones: José Carlos Rodríguez Rivero (Xopi)

Edita: Editorial Guadalmena S.L.
C/. Vicente Aleixandre, 1
41500 Alcalá de Guadaíra (Sevilla)
Tlf.: 95 410 01 63

ISBN: 84-86448-87-5

Depósito Legal: SE-5749-04

Imprime: Egea Impresores S.L.
Parque Sevilla Industrial (P.A.R.S.I.), C/. Parsi 6 - Nave 6
41016 Sevilla
Tlf.: 95 425 57 90

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso previo de los autores.

TEXTO: ISIDRO MAYA JARIEGO
ILUSTRACIONES: XOPI



Para los amigos de mi infancia. Para mis sobrinos Daniel, Antonio Luis, Álvaro, Marta, Juan Antonio y Santiago. Y para mi querido hijo José Antonio. (Isidro)

A mis hijos Iván y Marina, y a mi mujer por aguantarnos. (Xopi)

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS
Alcalá de Guadaíra 2004
Editorial Guadalmena

- Alcalá es como un bollo sin *miajón*. Está hueca por dentro. Debajo del suelo hay túneles excavados en la roca, que conducen el agua. Cuando vais andando por el cerro del Águila o por la calle *La Mina* vuestros pasos resuenan en una construcción de la Roma Imperial. Imaginad que entramos en uno de esos túneles: escucharíamos el eco de todas las personas que van andando por la calle. Son como las tuberías que llevan el agua hasta vuestras casas, pero en la época de los romanos las hacían con galerías subterráneas. Por el Zacatín salía un canal que desembocaba en un acueducto, y que llevaba el agua hasta Sevilla.

La maestra dejó la tiza en la bandeja de la pizarra, y anunció la próxima excursión del colegio:

- La semana que viene iremos a visitar las minas de Alcalá.

La clase respondió al unísono:

- ¡Bieeeeeen! ¡Bravo! ¡Bieeeeeen!

Mateo se puso muy contento. Y Gonzalo, al que todos decían “el Bota”, y que siempre estaba pensando en comer, vio el cielo abierto:

- *Po* yo le voy a *decí* a mi madre que me prepare una viena con *pringá*.

El lunes por la mañana ya estaba toda la clase en *El Parque*, delante de una de las entradas a la cueva. Todos estaban deseando que se abriera la puerta, para descubrir qué había dentro. El más despistado era Gonzalo, que no podía dejar de pensar que llevaba en su mochila un bollo con *pringá*, un bocata de tortilla, dos refrescos de naranja y un pionono. Pero al ver llegar a un señor vestido de verde con un gran manojo de llaves en la mano, se quedó mirando muy atento. El guarda del parque se acercó a la puerta para abrirla. Y la puerta respondió con un chirrido fuerte y seguido, como si llevase más de cien años cerrada:

- Piiiiiiiiiii Piiiiiiiiiii Piiiiiiiiiii.



Mateo entró con sus compañeros, expectantes ante lo que iban a encontrar. Desfilaron a través de un pasadizo muy estrecho, por el que sólo podían pasar de uno en uno, hasta que llegaron a una caverna muy oscura, que olía a humedad. El guarda del parque encendió un candil para iluminar las paredes de la gruta. El espectáculo era magnífico. La roca de albero parecía desgastada y estaba llena de boquetes. Era como un queso gigante al que hubiesen mordido cientos de veces. Las sombras dibujaban sobre la pared formas de animales. De pronto podía verse un gato o, si te fijabas bien, un oso, un pájaro, un dinosaurio... Daban ganas de quedarse mirando horas y horas.

Doña Isabel, la maestra, señaló primero las columnillas que colgaban del techo y después les pidió que se acercaran de uno en uno a un pequeño agujero situado al fondo de la gruta. Era la entrada a un túnel muy estrecho, en el que apenas cabía una persona. Por el suelo discurría un pequeño hilillo de agua, y el túnel seguía hacia dentro, hacia dentro, hasta que se perdía la vista. Después de asomarse por el agujero, Manuel Jesús, al que todos llamaban “gafitas cuatro ojos, capitán de los

piojos”, hizo la pregunta que todo el mundo estaba esperando:

- Doña Isabel, ¿es verdad que en estas grutas vivieron dinosaurios?

- Me alegro de que me hagas esa pregunta, Manuel Jesús. Hay una leyenda que dice que en *los Pinares de Oromana* vivieron hace mucho mucho tiempo una manada de dinosaurios. Pero eso ocurrió mucho antes de que Alcalá se hiciera famosa por hacer el pan más rico del mundo, mucho antes de que se pudiera observar toda la ciudad desde el Castillo, y antes de que los romanos construyeran las galerías subterráneas. Según se cuenta, esa manada de dinosaurios desapareció por una gran glaciación que llegó al Sur de Europa...

Manuel Jesús ya estaba preparado para preguntar qué era eso de “la glaciación”. Pero Daniel, al que todos decían “el pincho”, y que siempre tenía que meter la pata, se acercó a la entrada del túnel y gritó:

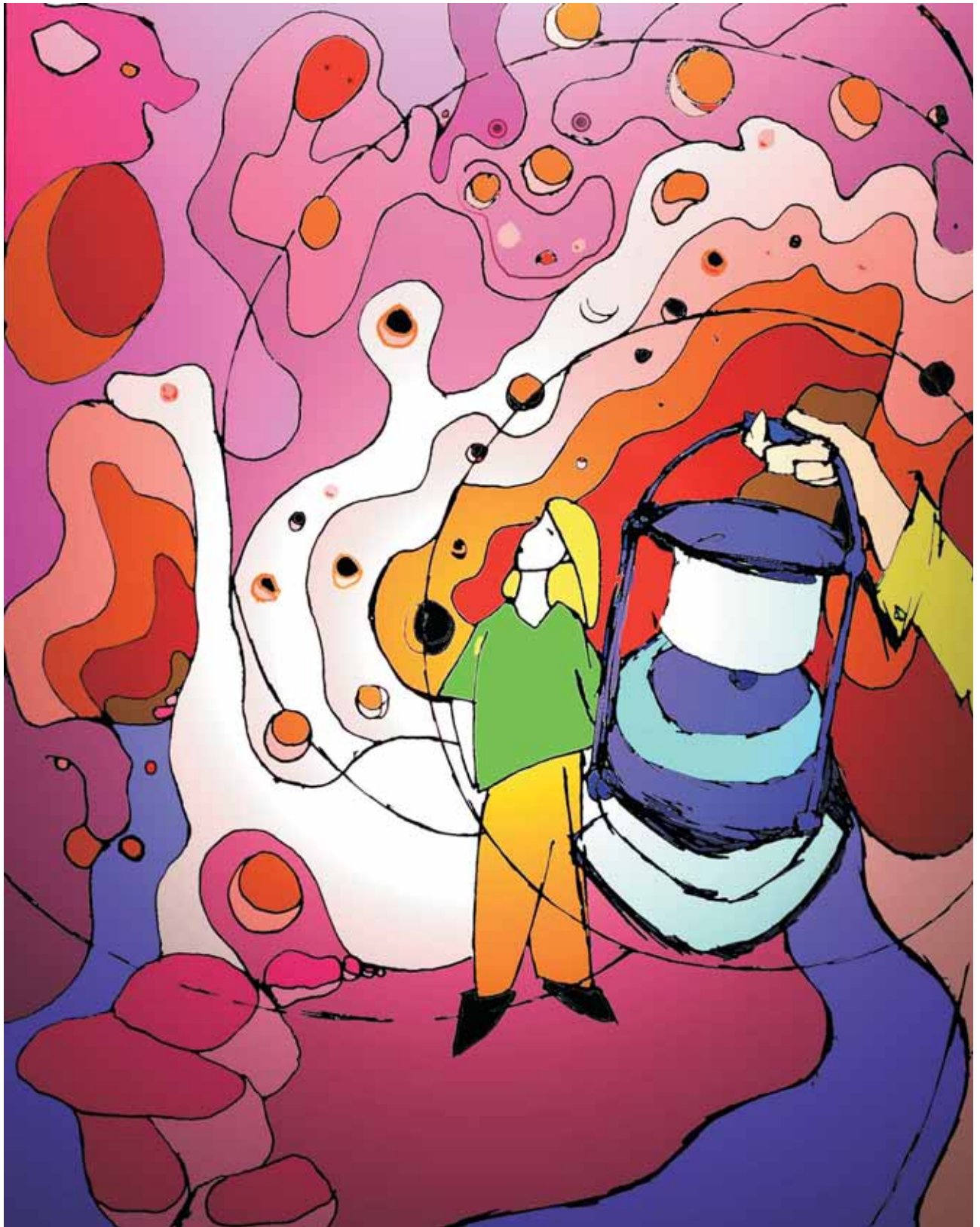
- ¡Te veeeeeo Mateeeeeo!

A unos cuantos les dio por reírse. María Luisa se rió con risa nerviosa. A María del Mar le entró la risa floja. Y María del Águila se quedó riéndose por lo *bajini*. Pero la mayoría permanecieron pasmados, mirando en la dirección en la que había gritado *el pincho*. Se hizo un silencio total, que duró casi un minuto, y a continuación se escuchó un hilito de voz lejano y tembloroso, como si estuviese rebotando de roca en roca:

- Teeeeeeee veeeeeeo Mateeeeeo... Teeeeeeee veeeeeeo Mateeeeeo... Teeeeeeee veeeeeeo Mateeeeeo...

Un segundo después se escuchó de nuevo el silencio más absoluto, remachado por dos gotas de agua desde el techo hasta un charquito que se había formado en el suelo:

- ¡Plof! ¡Plof!



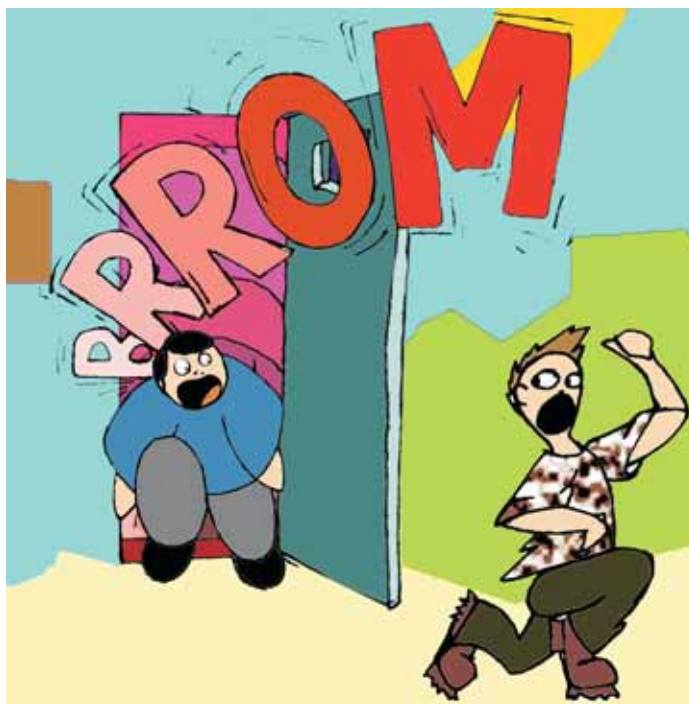
El grupo se quedó impresionado:

- ¡Ooooooooooh!

La maestra intentó seguir con el relato de la leyenda de los dinosaurios. Empezó a hablar de nuevo, pero un rumor de piedrecillas la distrajo desde el túnel. Quizá por los gritos de Daniel y los otros, o quizá porque hacía mucho tiempo que nadie entraba en su interior, algo se removió en la gruta y un ruido fue creciendo creciendo hasta que Mateo y sus amigos se tuvieron que tapar las orejas. Aquello sonó como la cola de un *tiranosaurio* golpeando sobre el suelo o como el eco de las pisadas de un *diplodocus* abriéndose camino en el agua. El caso es que *el pincho* saltó por encima de *el gafitas* y echó a correr. *El bota*, que vio a *el pincho*, se fue detrás. *El marciano*, que vio a *el bota*, se fue detrás. Y así hasta que todos salieron corriendo que se las pelaban hasta la puerta. Incluso la maestra acabó adelantando a más de uno.

Cuando salieron al aire libre, las tres Marías –Luisa, Mar y Águila– todavía estaban riéndose sin enterarse de lo que había pasado:

- ¡Ja, ja, ja! ¡Je, je, je! ¡Ji, ji, ji!



La maestra pensó que era el mejor momento para que todos se comieran el bocadillo y descansaran un poco. Mateo se fue andando con su amigo Fernando, al que todos llamaban “el comadreja”, y que era capaz de hablar durante una hora sin decir nada. Cuando terminó el bocadillo de mortadela se alejó solo hasta la orilla del Guadaíra. No le hacía ninguna gracia que *el pincho* tuviera que hacer siempre las mismas bromas con su nombre. Mateo se quedó embobado mirando los patos, y pensando en las musarañas.

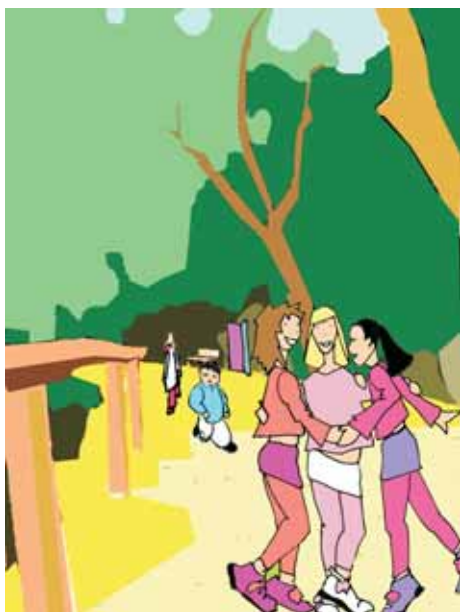
De repente, vio a lo lejos, en el agua, una botella flotando. Como Mateo había leído *La Isla del Tesoro*, *Corazón*, *Veinte Mil Leguas de Viaje Submarino* y muchos otros libros de aventuras, enseguida pensó que podía ser el mensaje de un naufrago, que –como todo el mundo sabe- siempre tienen una botella a mano para pedir ayuda. Así que empezó a correr junto a la orilla siguiendo el mismo camino que la botella. Siguió corriendo y corriendo hasta que la botella se quedó parada junto al *Molino de San Juan*. Mateo agarró una caña y empezó a hacer olas en el agua, hasta que consiguió acercarla hasta la orilla. Era una botella verde, de las de vino tinto. ¡Y había un mensaje en su interior! Con mucho esfuerzo, Mateo quitó el corcho, sacó el papelito, y pudo leer el mensaje:

*Un vértice del triángulo,
De Suzmán el Bueno hazmerreír,
Dos picos y una telera,
Te dicen donde es allí.*

*De Santa Eulalia y la Muedra,
Mequinenza y Villalbí,
En tres días y tres noches,
Lo mismo pasará aquí.*

*Antes de que termine el año
La cosa vendrá a ocurrir.
Y para cerrar la rima,
Tarariro tararí.*

*Firmado,
La banda del alpechín.*



Mateo se quedó un ratito pensando, y después decidió volver donde estaban sus compañeros. Cuando se acercaba vio que todos le estaban esperando, así que salió corriendo hacia el grupo:

- ¡Maestra, he encontrado un mensaje!
¡He encontrado un mensaje!

Pedro, al que todos llamaban “el marciano” y que era el más pelota de la clase, le respondió desde lejos:

- ¡Anda que no te hemos esperado nada! ¿Dónde te has metido?

- ¡Maestra, he encontrado un mensaje! -insistió Mateo, acercándole el papelito a Doña Isabel.

Doña Isabel, movida por la curiosidad, y sabiendo que Mateo era un buen chico que casi nunca se metía en problemas, se puso a leer el mensaje. Sin darle mucha importancia contestó a Mateo:

- Parece que se trata de un enigma.

- Y ¿qué es un enigma, maestra?

- Un acertijo.

- Y ¿qué es un acertijo?

- Una adivinanza. Unas frases en las que se dice algo que no es fácil de comprender a primera vista, porque tienes que acertar su significado. Por ejemplo, “oro parece *plata* no es”.

- ¡¡¡Un plátano!!! –gritaron todos a coro.

- Venga, pues a comerse el plátano o lo que tengáis de postre y nos vamos para casa.

Cuando llegó a casa, Mateo se fue directo al libro más grande y más gordo que tenía su madre en la biblioteca. Arrimó una silla a la estantería y agarró un libracó que tenía escrito “Diccionario de Uso del Español de María Moliner”. Hojeó en sus páginas hasta que encontró la palabra más rara de las que venían en su acertijo:

alpechín. Líquido obscuro y fétido que escurre de las aceitunas amontonadas, por ejemplo cuando se tienen almacenadas para molerlas. (V. <<aguachas, amurca -ant.-, bejina -ant.-, jámila, morga, murga, tinaco>>.

- *Ofú, anda que empezamos bien –pensó Mateo. Un líquido feo y pestoso... vaya nombre para ponerle a la banda: ¡La banda del alpechín! Esto se pone complicado. Voy a tener que buscar a alguien que sepa mucho para que me ayude.*

Al día siguiente, Mateo se fue en busca de Don Antonio, la persona más inteligente y más sabia que conocía. Nada más llegar, llamó a la puerta de madera y le abrió su mujer. Don Antonio estaba comiendo pan y aceitunas, y bebía a pequeños sorbos de un vaso de agua. Don Antonio comía y bebía muy lentamente. Un trocito de pan, una aceituna y un sorbito de agua. Un trocito de pan, una aceituna y un sorbito de agua. Mateo se acercó despacio, para no molestarle, y con mucho respeto, le hizo la misma pregunta que –como en un juego- siempre le hacía para empezar a hablar:

- “Se equivocó la paloma, se equivocaba”, Don Antonio.
- “Creyó que el norte era el sur, Mateo, creyó que el trigo era agua”.
- “Se equivocaba”.
- ¿Qué te trae por aquí, Mateo?
- Tengo que resolver un enigma.



Como siempre hacían, Mateo y Don Antonio charlaron durante un largo rato, antes de llegar al enigma. Don Antonio contaba historias de escritores antiguos, y después de hablar con él, Mateo siempre se iba muy alegre. Por fin leyó el acertijo, y Don Antonio comentó inmediatamente:

- Una cosa está clara: este mensaje tiene que ver con Alcalá.

- ¿Por qué?, preguntó sorprendido Mateo.

Don Antonio no respondió. Se levantó y se fue a buscar un libro en la biblioteca. Al rato apareció con el libro en la mano y se lo mostró a Mateo:

- Mira: “El Tío Zaratán. Parodia de Guzmán el Bueno. De Don José María Gutiérrez de Alba”.

- ¡Se llama como el teatro de Alcalá!

- Sí, es un escritor alcalaño que escribía obras de teatro, casi siempre de broma. Más o menos, eso es una “parodia”, como dice en el título. En este libro, Gutiérrez de Alba hace un relato sobre Guzmán el Bueno, que fue alcalde de Tarifa. Una vez que atacaban la ciudad sus enemigos secuestraron a su hijo. Y él prefirió que mataran a su hijo a rendirse.

- ¡Ooooh! ¿Y sobre eso hace una historia de broma?

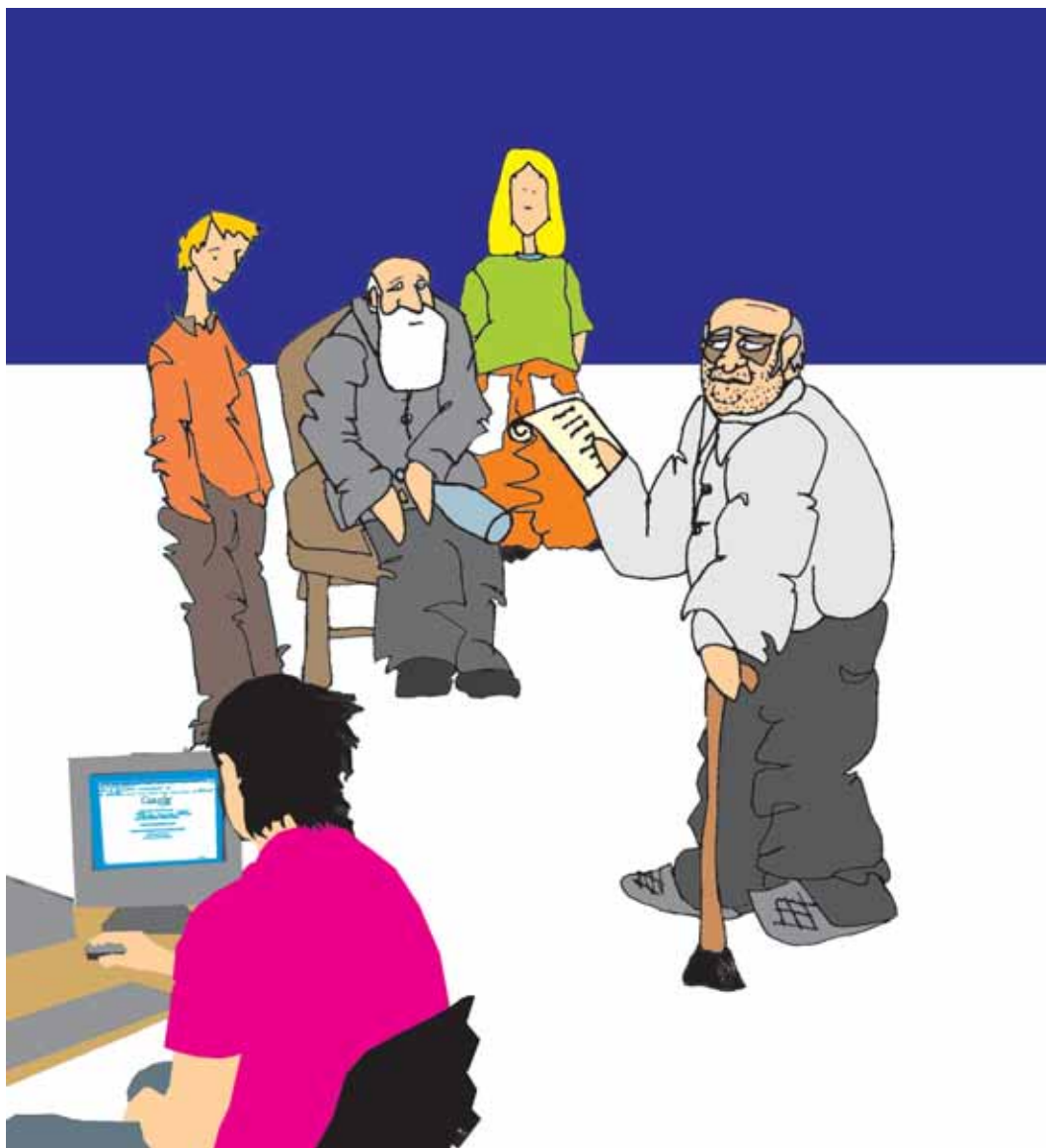
- Pues sí, la verdad es que parece que este hombre se reía de todo. Por eso, al leer “de Guzmán el Bueno hazmerreír” y “dos picos y una telera” he pensado que se refería a Alcalá. La telera es una pieza de pan típica de Alcalá.

- ¡Aaaah! ¿Y por qué se habla del “vértice de un triángulo”? ¿Qué tiene que ver un triángulo con Alcalá?

- Eso no lo sé, pero tendrías que buscar a alguien que sepa mucho de Alcalá para confirmarlo.

- Entonces me voy, adiós.

- Adiós, Mateo, pero recuérdame que la próxima vez hablemos de Cristóbal de Monroy, otro escritor alcalaño...



Mateo casi no escuchó la última frase porque salió pitando. Salió corriendo a buscar a Joaquín, al que todos llamaban “el fulanito”, y que tenía un padre que se sabía todas las cosas que se pueden saber de la historia de Alcalá. Llamó a la puerta y salió Joaquín.

- Hola Joaquín, ¿está tu padre?

- Sí, está en... -antes de que Joaquín terminara la frase, ya había entrado Mateo hasta el comedor de su casa.

- Hola Manolo, le traigo una adivinanza. Quería saber si usted me puede decir qué tiene que ver Alcalá con un triángulo. Aquí está el acertijo, tome usted.

- *Ezo* es ir al grano, chaval. *Po* yo creo que es *mu faci*, hijo... A ver, déjame ver el *papé*... Yo no entiendo *ná* de la adivinanza *eza*. Pero *de toa la vía* se ha dicho que Alcalá es parte del “triángulo del flamenco”. El castillo de Alcalá es un barrio muy importante en el flamenco. Igual que es importante el de Triana en Sevilla, o el barrio de Santiago en Jerez. ¿Tú no sabes que hay un cante que se llama la “*Soleá* de Alcalá” y *tó*? Un *poné*, ¿tú no has *escuchao* esta copla?

Al castillo de Alcalá
Las tres Marías subieron
Al alba
A escuchar el eco de Joaquín
De Joaquín el de la Paula

Mateo se quedó boquiabierto escuchando cantar a Manolo, y sonrió cuando dijo aquello de “Las tres Marías” porque se acordó de las Marías de su clase –Luisa, Mar y Águila. Pero no tenía tiempo que perder y se despidió de Manolo:

- Gracias, Manolo. Me tengo que ir. Adiós.

- *Quillo*, yo *zé* que Juan Talega cantaba mejor, ¡pero tampoco es *pa* salir corriendo, hombre!

Mateo había confirmado que se trataba de Alcalá, pero aún no sabía qué era lo que iba a ocurrir -como decía la adivinanza- “antes de que termine el año”. Camino de su casa se encontró con Quico, al que todos llamaban “el chato”, y que tenía la colección de canicas más grande de Alcalá. Después se topó con Benjamín, al que le decían “el mediano”, aunque era el más grandullón de toda la clase. Y en su calle, se tropezó con Fran, “el chimbrito”, que contaba unos chistes magníficos. Comentó con todos ellos el acertijo, pero ninguno supo darle ninguna pista.

Cuando llegó a casa, mientras almorzaban, Mateo le contó a su hermano mayor lo que había descubierto. Al hermano se le ocurrió que podían buscar en Internet esas palabras extrañas que no venían ni en el diccionario. Encendió el ordenador, buscó una página que se llamaba *Google* y empezó a escribir en la pantalla: Mequinenza... La Muedra... Santa Eulalia... Villalbí...

- Mira. “Mequinenza es un pueblo de Zaragoza. Antes estaba en el curso de un pantano y los vecinos lo reconstruyeron en otro lugar”. A ver el siguiente... Santa Eulaliaaa... “Santa Eulalia fue inundado en 1958, por la construcción de un pantano”.

- ¡Los dos fueron inundados!



- Mira, otro más: “La Muedra está en la provincia de Soria. Está despoblado, desde que fue anegado por la construcción del pantano de La Cuerda del Pozo”... En cuanto a Villalbí... Parece que es un apellido, porque aquí sólo salen nombres de personas... No viene nada que tenga que ver con un pantano, ni con pueblos inundados... No sé... A lo mejor lo han puesto en la adivinanza sólo para que rime... y por eso dice luego “tarariro tararí” –dijo riéndose el hermano de Mateo.

- ¡Van a inundar Alcalá!

- ¿Qué dices, Mateo? ¿Te has vuelto loco?

Mateo se acordó de las palabras que Don Antonio le había dicho por la mañana: “Alcalá es una madre buena que nos da agua, pan y aceitunas. Ya es un poco mayor, y tenemos que cuidarla entre todos”. Mateo empezó por hablar con los mayores, pero no le hicieron caso. Les contó que en la excursión del colegio encontraron peces muertos, y que las ranas y los pájaros se estaban desplazando río abajo, desde el lugar en el que vivían. Pero ni su familia ni sus vecinos le dio importancia.

Como no había tiempo que perder, Mateo se fue a buscar a sus amigos. En menos de una hora ya estaban reunidos *el bota*, *el pincho*, *el marciano*, *el chimbrito*, *el chato*, *el mediano*, *el gafitas*, *el fulanito* y *las tres marías*. Cuando Mateo les contó lo que había descubierto, todos empezaron a hacer propuestas para organizar un plan:

- Yo creo que tendríamos que construir un paraguas gigante para impedir que entre el agua en Alcalá –dijo *el chato*.

- O una tubería que lleve el agua hasta el mar –dijo *el gafitas*.

- Yo creo que tendríamos que escribirle una carta a los Reyes Magos –dijo tímidamente María del Águila.

- O pedirle a los dinosaurios de *La Mina* que se beban toda el agua... -dijo *el pincho*, como siempre, metiendo la pata.

Y así discutieron y discutieron toda la tarde, hasta que por fin decidieron lo que iban a hacer. Cuando lo tuvieron decidido, se lo contaron a todos los niños de Alcalá. *El marciano* se lo dijo a tres amigos suyos, con la condición de que cada uno de ellos se lo tenía que decir a su vez a otros tres amigos. *El chato* hizo lo mismo. Y así todos los demás. Por la noche, todos los niños de Alcalá conocían el plan, y sabían lo que tenían que hacer llegado el momento. Sólo había que esperar acontecimientos.

Y antes de terminar el año La cosa vino a ocurrir

El día que empezaban las vacaciones de navidad, en el Guadaíra aparecieron unas montañitas de espuma. Parecía como si hubiese nevado. Desde lejos era una imagen bonita y agradable. Pero la espuma empezó a crecer y a crecer hasta que prácticamente no se veía el río. Un líquido negro estaba contaminando las aguas de la rivera, y un olor pestoso comenzó a inundar el río Guadaíra.



De pronto el nivel del río empezó a crecer. Primero, el agua cubrió los caminos del parque.

Después llegó a la altura del *Puente*. Y en unas horas el agua empezó a subir desde la *Plaza del Perejil* hacia el centro del pueblo. La gente estaba asustada de ver tanta agua junta, y se preguntaba de dónde salía aquel olor tan asqueroso.

Para colmo de males, se puso a llover. Un rayo abrió la tormenta por *El Campo de las Beatas*, y las nubes descargaron con fuerza una lluvia pesada y quejumbrosa. La manta de agua era tan grande que ni un desierto podría beber tan rápido. La gente se asomaba a las ventanas



de sus casas y escuchaba en silencio el rumor de millones de gotas sobre la piedra. Las canteras se habían inundado. El agua daba saltos por la calle *San Cucufate* y se arremolinaba en riachuelos hacia el centro del pueblo. Los malos augurios de la *banda del alpechín* se estaban cumpliendo. Los mayores miraban sorprendidos cómo la riada arrastraba a su paso pájaros y peces. Tampoco comprendían cómo era posible que después de escampar el nivel del agua siguiera creciendo y creciendo.

Pero los niños de Alcalá no se asustaron y pusieron en marcha el plan que habían acordado. Muchos pensaron en *la princesa del lunar*, en *Germán, el pequeño mago*, en *Rachid* o en *Juan, el cascarrabias*, y comprendieron que hay que esforzarse para sacar adelante lo que uno quiere. Entre todos, hicieron una cadena humana que empezaba en *La Plazuela*, bajaba hasta *El Duque*, y seguía subiendo por *la cuesta del Águila* hasta *El Castillo*. *El bota* comenzó el trabajo con uno de los patos

de cerámica de la fuente de *El Duque*. *El bota* le pasó el pato al *pincho*, *el pincho* se lo pasó al *marciano*, el *marciano* al *chato*, el *chato* al *mediano*, y así hasta que consiguieron subirlo hasta *El Castillo*. Después siguieron con otro pedazo de la fuente, hasta que, ladrillo a ladrillo, consiguieron reconstruirla en lo alto de *El Águila*. Después de la fuente, vino la colección de libros de la biblioteca municipal, después los azulejos de *La Centenaria*, y después muchas cosas más.

Era impresionante ver a todos los niños moviéndose como hormigas para llevar enseres hasta *El Castillo*. Un grupo de niños empujaba rodando una piedra de molino. Otros iban cargando con los juguetes de madera del Parque Centro. Las tres marías subieron con mucho cuidado la imagen de *Nuestro Padre Jesús Nazareno*. *El mediano* y otros dos grandullones llevaban *La Amargura*. Alguno hubo, incluso, que llevaba arrastrando la canasta del Polideportivo. *El bota* subió dos barreños de *pringá*, un jamón y dos talegas de bollos. Cada uno hizo lo que pudo.

Cuando los mayores vieron a todos los niños en movimiento, empezaron también a subir al castillo. Antes de hacerse de noche, todos los alcalareños, grandes y pequeños, habían subido a la colina de *El Águila*. El último en llegar fue un anciano de ciento dos años, que caminaba -poquito a poco- todos los días por el centro del pueblo. Muchos entraron en el *Patio de Silos* e intentaron auparse a la muralla para tener desde allí una vista completa de Alcalá. La imagen ponía los pelos de punta, pero era terriblemente bella. La luz del atardecer se reflejaba sobre un fondo de agua mansa que cubría hasta donde alcanzaba la vista. Por encima del agua sólo destacaban las torres de Santiago y de San Sebastián. Y, si se miraba en dirección al parque, podía verse la Ermita de San Roque y *los pinares de Oromana*.

Aunque todos tenían un poco de pena, esa noche celebraron una fiesta por todo lo alto. Bailaron Sevillanas, comieron pinchitos morunos, y todos compartieron lo que tenían. Los mayores contaron a los más pequeños cómo antiguamente se celebraba la Feria en *El Castillo*. Los más pequeños jugaron al escondite y a la piola. Todos estaban satisfechos porque, a pesar de la adversidad, habían luchado juntos para salvar el espíritu de los alcalareños. Y así, sobre un mar que cubría su pueblo, pasaron los días y los días, los días y los días...





Era extraño saber que ahí abajo estaba el pueblo en el que habían vivido toda su vida. Las calles por las que iban desde casa al colegio, o desde el colegio a casa. La plazoleta donde jugaban a la pelota y montaban en bici. Si tuvieran un traje de buzo, podrían tirarse al agua y observar el pueblo

fantasma. Mateo hacía el recorrido mentalmente... Primero hay una luz tenue que va apagándose cuando bajamos desde la superficie hasta el fondo. Las calles están vacías y en silencio. El agua ha parado en el tiempo la vida del pueblo. Es una ciudad a la que le falta la energía de los hombres, las mujeres y los niños. Pero esa energía estaba ahora allí en lo alto, en El Castillo, y mantenía viva la llama de la ciudad.

De repente, una noche, cuando Mateo se preparaba para acostarse, escuchó el jaleo de los niños en la calle. Todos iban corriendo mirando hacia arriba. Por encima del castillo atravesaba el cielo, lánguidamente, la estela de un cometa. Los alcalareños se quedaron maravillados con el espectáculo.

De pronto, como por arte de magia, sonó un chasquido, como el de una botella de champán al descorcharse, y un rumor de aguas empezó a sentirse alrededor del castillo. Las entradas a las minas de Alcalá se habían abierto y las grutas subterráneas empezaron a tragar a grandes sorbos el agua estancada. El suelo empezó a succionar como una esponja, desaguando por las mismas galerías que Mateo y sus amigos habían visitado con el colegio. Lentamente, el nivel del agua fue bajando, bajando, hasta que no quedó ni una sola gota sobre las calles de Alcalá. Sólo quedaba un recuerdo de agua,





como si hubiese llovido. Todo pasó tan deprisa, que nadie quiso esperar más tiempo para volver a sus casas. Los alcalareños descendieron alegres y confiados para recuperar su pueblo, y una brisa de los pinares traía olor a tierra mojada, y un aire limpio y puro.

Era el día de los Reyes Magos, y los niños estaban sorprendidos de que, con tanto ajetreo, se les hubiese olvidado una fecha tan importante.

- ¡Qué extraño! –dijo *el gafitas*- la Estrella de Oriente ha aparecido también este año, y eso que se nos olvidó echar la carta a los Reyes Magos.

María del Águila –que no había olvidado echar su propia carta- se quedó riendo por lo *bajini*. Mateo suspiró aliviado, pensando que este año ya habían recibido el mejor regalo que podían esperar. En las profundidades de *La Mina* volvían a resonar los pasos de los alcalareños por la calle. Y *el pincho*, que no podía dejar pasar semejante ocasión sin meter baza se apresuró a decir: “Y colorín colorado, este cuento se ha acabado”.



Este cuento fue concebido el 21 de septiembre de 2004, conmemoración de San Mateo, patrón de Alcalá. Se acabó de imprimir el 6 de diciembre, Día de la Constitución Española, cuando falta un mes justo para la Epifanía del Señor, festividad de los Reyes Magos.

Isidro Maya Jariego
(Alcalá de Guadaíra, 1969)



Doctor en Psicología y Master en Gestión de Recursos Humanos. Profesor Titular de Psicología Social de la Universidad de Sevilla. Coordina una línea de investigación sobre “redes personales y comunidades”. Ha estudiado el proceso de adaptación psicológica de los inmigrantes africanos y latinoamericanos en Andalucía, y ha participado en la evaluación de necesidades y en la evaluación de programas de servicios sociales, de prevención de drogodependencias y de inserción laboral.

Algunos de sus trabajos de investigación sobre las redes de apoyo social se han publicado en el *International Journal of Intercultural Relations*, la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* y *Psicothema*. Recientemente, ha coordinado un número especial sobre “el problema del mundo pequeño” de Stanley Milgram, y es editor de *Redes. Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*. Fue premio a la Innovación Docente de la Universidad de Sevilla en 2003, y obtuvo un diploma a la Excelencia Docente en 2002.

Fue redactor de *Alcalá Semanal*, y director adjunto y fundador de *El Alcalá* (hoy *La Voz de Alcalá*). En la actualidad es miembro del comité gestor del *Foro Oromana*.

Xopi
(Alcalá de Guadaíra, 1968)



Xopi es José Carlos Rodríguez Rivero. Nació en algún lugar de la Sevilla de 1968 y se trasladó a Alcalá cuando tenía 10 años, donde hizo la EGB y el bachillerato. Abandonó sus estudios de Medicina para dedicarse a las artes: primero, a la música, y luego a la pintura. Ha recibido los premios de

Bailén e Itálica, y ha participado en los concursos de Carmona, Dos Hermanas, El Viso del Alcor, Lora del Río, Gibraleón, La Palma del Condado y Alcalá de Guadaíra, entre otros. Hasta desembocar en la pintura, experimentó antes con la aerografía sobre coches y motos; decoró tiendas, bares, discotecas y oficinas; hizo *logos* para empresas, diseños para revistas, *graffiti*, fotografía, *performances*, decoración de tejidos, portadas de discos, y –con este último trabajo– ilustraciones para un cuento de niños.

“Me gustan los nuevos retos y me encantan los niños. Por eso este proyecto me ilusionó desde el principio. Pienso que los niños son el mejor terreno de cultivo para sembrar las ideas de cualquier artista. Ellos tienen la imaginación y la libertad necesarias para sumergirse en la fantasía de un cuento a través de una imagen. Ellos se lo merecen todo. A ellos va dedicado mi trabajo. Y a sus padres, que no sé si serán Reyes, pero desde luego que sí que son Magos”.

“Mateo y la banda del alpechín” narra la historia de un grupo de niños que unen sus fuerzas para proteger su pueblo. Mateo encuentra junto al río Guadaíra un mensaje en una botella que –en forma de adivinanza– anuncia un acontecimiento que pone en peligro el lugar en el que viven. Para resolver el enigma, Mateo tendrá que hacer un pequeño recorrido por parte de la historia intelectual de Alcalá, rastreando elementos cultos y populares. La búsqueda de información lleva al protagonista a un encuentro con Don Antonio Medina de Haro, al que se le rinde homenaje en el cuento. En su lucha para afrontar la adversidad, los niños descubren que una comunidad es algo más que casas y símbolos, y está en las relaciones entre la gente del pueblo.



Patrocinan: Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra

- FIESTAS MAYORES
- CULTURA



LAREVISTADEALCALÁ